

A mis caros hermanos en Cristo pasados, presentes y venideros, **los homeópatas puros** de ambos hemisferios, particularmente del ilustrado é infinitesimal imperio del Brasil, *pero excepto el hebreo Hahnemann* (\*), perteneciente á la raza deicida.

Como habeis perdido el pudor científico hasta el extremo de la insensibilidad, he creído que para producir algunas cosquillas dialécticas, era menester desollaros lógica y sarcásticamente.

A. MENDOZA.



(\*) Los judíos pueden anunciar altamente que si para el mundo aun no ha llegado el Mesías, por lo menos ha venido Samuel.

A mis caros hermanos en Cristo pasados y presentes y  
venideros, los hermanales que os he escrito  
hermanales, particularmente del tratado de mi  
hermanales de la fe, para que os lo leáis  
hermanales y particularmente a los de la

Contra los herejes de la fe, para que os lo leáis  
hermanales de la fe, para que os lo leáis  
hermanales de la fe, para que os lo leáis  
hermanales de la fe, para que os lo leáis



À LA ACADEMIA

**DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA.**

---

**LA HOMEOPATIA NO MERECE EL NOMBRE DE DOCTRINA MEDICA.**

Todo cuanto está fuera de la comprension del vulgo, es á su vista profundo, sublime ó detestable.

**PRIMERA PARTE.**



**Los homeópatas pintados por ellos mismos.**

Ehhorabuena que la hipocresía de la época afecte menospreciar las autoridades y lo que es mas nauseabundo, afecte desdeñar los racionios del filosófico siglo XVIII. Inteligencias juveniles en quienes la patria hubiera fundado su justa esperanza de ver preparar siquiera, y no entorpecer los adelantos de las ciencias médicas, vémoslas abyectas, menguadas y rastreras adulando afanosamente aquellos torpes ídolos que mas ó menos pronto las conduzcan á los groseros goces materiales, y al oropel mas que oriflama de una usurpada é improvisada fama. El

sendero de una reputacion médica concienzuda es áspero, espinoso y estéril de maná en las primeras jornadas: el opuesto rumbo es cómodo, galante y fecundo en primas desde las jugadas de estreno. Y hé aquí como se lanzan á esos codiciados filones una desaforada turba de *tirones* imberbes mas que sesudos prácticos, voceados por algun versátil criterio médico gastado con la misma erudicion, á la manera de la hoja batida, que si se estiende es adelgazándose.

¿Qué adelantaréis, noveles apóstoles de la rancia dialéctica, qué adelantaráis moviendo esa estudiada barahunda con que osais ahogar el inestinguible eco de la filosofia del siglo XVIII y de la medicina de Cos? Doblegareis una sola cosa, pero no las ciencias, al yugo de vuestra restauración; recrearéis vuestro mal disimulado sensualismo con el fugaz incienso de los sicofantas del retroceso (que por desgracia tambien hay retroceso en medicina); pero una sola voz, cuando no sean muchas, noble, inspirada del puro amor á la ciencia y no al oro ni á los bordados pingajos que llamais honores, ya solemnemente declarados en descrédito, una sola voz templada á la antigua que resista al vértigo actual, será suficiente para dominar vuestro infernal concierto, para de nuevo atraer los seducidos dispersos al gremio comun de la medicina, para borrar de una vez ese triste cuadro levantado por unos dejenerados médicos dóciles á las ecsigencias de la vanidad y del pedantismo. ¡Grande y sublime ha sido vuestra conquista! En ese cuadro que mañosamente habeis pintado al público, no habeis perdonado ficcion ninguna, por negra y abominable que fuese, capaz de ecsaltar la enfermiza imaginacion de la madre, de la esposa y del hijo; vuestro camino recto ha sido el de hallar clientes á toda costa, al precio de toda moralidad, inmolando ante todo la ciencia misma á que fuisteis deudores de le primera consideracion social, de aquella sin la que tal vez hoy seriais chisperos, basureros ó limpiabotas. Con esta credencial estendida sobre la negacion de la medicina antigua, os habeis encarnado en un ilustre vulgo, que no podia menos de acoger con aplauso el anuncio de un cataclismo médico, por el cual se cree aquel mismo ilustre vulgo partícipe del honor de haber nacido en la época y asistir al magnífico espectáculo de echar por tierra una ciencia conservada y engrandecida hasta por el bárbaro siglo XVIII. No parece sino que basta prestar asenso ciego á un sistema para engreirse en su escogitacion como el propio inventor. Despues, homeópatas puros, inmolasteis con la misma impiedad la consideracion á vuestra clase, porque viendo que dentro de ella íbais muy despacio en el camino postal de las riquezas, tomásteis por un estorbo la clase y vuestra afiliacion en ella, y creyendo que ya no hallaríais mas ostáculos en vuestra carrera triunfal, distrajisteis el

grito de vuestra conciencia con el suave tañido de los doblones , en que transformábais los anises de vuestra petaca. Pero ¡ ah ! que todavía la Providencia os reservaba otro castigo interno y sin compensacion. Si os desnudasteis de rubor para con la ciencia , vuestra madre adoptiva, y para con los médicos racionales , vuestros hermanos , el siglo burócrático , bursátil y comercial , á cuyo sueldo os alquilasteis , aun ecsijía de vosotros , como amo tiránico , mayor sacrificio , el de un resto de vergüenza que os impelia á prescribir vuestra poderosa mostacilla , segun la pauta hanemaniana. Pero he aquí que vuestros patronos , ya familiarizados con la befa de una clase entera , llamándonos por lo ménos sanguinarios y asesinos , con poco esfuerzo volvíanse contra vosotros mismos , tratándoos como no racionales ; pues habiendo aprendido ellos antes que vosotros la homeopatía en el *Organon* , se han creido autorizados por un diploma de curanderos igual al vuestro , á enmendaros la plana y á trastornaros las grajéas , pretendiendo demostraros con arreglo al embrollado dogma organonio , que era absurda vuestra segunda dosis de *brionia* , que la *ignacia* era desvirtuada por el jenio terco del enfermo , que su alimentacion era tardía ó prematura , etc. , etc. ¿ No es verdad que sufrís mucho con semejante humillacion ? ¿ No es verdad que recordais con envidia el noble desprendimiento de nuestros médicos racionales , rehusando el oro y favor de los poderosos y hasta de los soberanos , por no prestarse á sus antojos ? Pero al menos si esclusivamente ejercéis la homeopatía , como lo reclaman vuestros intollerantes patronos , so pena de incurrir en su desagrado y en el de sus subordinadas huestes , aun podeis aspirar á una aparente reputacion de consecuentes ; pero ¿ qué juzgar de los que se comen á dos carrillos los nacionales turroneos de la alopatía y son homeópatas entre el pueblo , y de aquellos otros hombres graves , con mas fachada que una catedral y más cólera que un tiburón , que sumisos al agrado de sus clientes , empiezan por preguntarles que tratamiento les gusta , si el racional ó el homeopático ? ¡ Grande habrá sido su bochorno cuando encontrándose con enfermos ilustrados , han recibido por respuesta que el paciente llamaba al médico para seguir sus consejos y no para dárselos. ¡ Y qué pensar de aquellos otros que despues de haber merecido el mote de Heródes por su insaciable aficion á la sangría , han dicho que las sanguijuelas jamás *habian hecho nada de bueno* , aunque secretamente se las mandaban aplicar ellos en sus propios males !

Si pues , homeópatas puros , renegais de la ciencia , libre de todo delirio é invencion escéntrica como la vuestra , si rompeis abiertamente con vuestros hermanos , para quedaros solos en la direccion misteriosa y nigromántica de las curaciones , si en ellas mismas , os sometéis á

título de complacientes, á la férula de vuestros pedagogos irresponsables ¿cuales son la norma y meta de vuestra conducta? Lo sabemos.

En el caos de vuestra conciencia, por extraños y propios, así ultrajada, os habríamos dejado, y tambien habríamos dejado al público intactas sus opiniones, si el menor interes nuestro hubiera podido intervenir en esta refutación. Si algun interes nuestro puede atravesarse en este paso, precisamente sería disuasivo de él. Han reconocido hasta los mas aferrados homeópatas, que hay un estenso departamento de males orgánicos y físicos, á que no tiene aplicacion la homeopatía. Exceptuáanse aquellos homeópatas que han tratado las lusiones antiguas ó irreductibles con fomentos de la 30.<sup>a</sup> dilucion de brionia, las fistulas del ano, los tumores blancos de la cadera, las nubes, estafilomas y otras cegueras con el acónito, etc. Estos entusiastas deben ser mas que aferrados, tal vez sean herrados á fuego. Notorio es ya que nuestra ocupacion predilecta es la cirugía, y claro está que llamando á voz en cuello ignorantes y vulgares á una distinguida cohorte de personas que se dedican como si fueran inteligentes en medicina, á propagar é imponer la homeopatía, su amor propio se verá mortificado, sus iras de seguro estallarán; y todos aquellos para quienes era yo por lo menos indiferente, se me volverán hostiles; consideraciones buenas para los especuladores, y por cima de las cuales salta el hombre amante de la ciencia, que sabe pasar modestamente con mas recursos que necesidades. Quede pues sentado (porque tal suele ser la primera tarascada de los homeópatas) que no he perdido ni temo perder clientes por la homeopatía, ni los quiero adquirir por tan degradante camino. Si hay quien tenga el secreto de honrarse ejerciendo la homeopatía pura, que no lo revele, porque labraria su ruina como el industrial que proclamase el libre cambio. Y la prueba de que la mayoría inmensa de los médicos de todos los paises del mundo, creen que el ejercicio de la homeopatía pura lleva en sí mucho de envilecedor, es que á pesar de la facilidad de su estudio (le han hecho en pocos dias los peores estudiantes de todas las escuelas: véanse los *Estados* de los ecsámenes), y á pesar del aliciente de su lucro fabuloso, se niegan á las pretensiones de muchos clientes deseosos de aceptarla. A la ya cargante pregunta que por todas partes se dirige á los médicos: «¿Es V. homeopata?» es muy comun oír contestar á facultativos independientes.—«Señora, ni soy pillo, ni me tengo por tonto.» Ojalá no hubiese ninguno mirado y contemplativo que á pesar de sus convicciones, por no desagradar responde: «La quiero estudiar.»—Contestacion ambigua que ha cimentado en algunos la opinion de considerar á la homeopatía como un estudio sério y aun árduo. En breves páginas demostraremos su absurdo.

Legada á la posteridad por el divino Hipócrates la medicina en unos términos imperecederos, que justifica el transcurso de veintitres siglos, habia seguido nuestra ciencia como el resto de los conocimientos humanos, los vaivenes sociales y filosóficos del mundo, hasta fines del siglo pasado, en que gracias á la inauguracion de un sano espíritu analítico, la medicina entró en la verdadera senda del progreso, porque se uniformó en su marcha con todas las demas ciencias naturales y de observacion. Comprobar los hechos por una recta aplicacion de los sentidos y someter estos hechos comprobados á una rigurosa análisis, han sido desde entonces y serán en adelante las únicas sendas por donde se realicen adelantos que dilaten el vasto campo de la ciencia de curar. Pero henos aquí empeñados en tan venturoso camino, cuando pretende abolir todo conato de observacion material é íntima de nuestra organizacion un charlatanismo toscamente ataviado para el siglo XIX, siglo que lejos de abjurar de la filosofia primordial del siglo XVIII, la ha convertido mas y mas en ciencia práctica.

Cuando apenas estaba iniciada esta nueva marcha filosófica del sig o XVIII, pudo el cómico Mesmer, por dicha venido tambien de Alemania, sorprender los espíritus crédulos que acudieron á gozar del espectáculo de su original fantasmagoría. Por lo menos allí la imaginacion de los nerviosos recibía ciertos halagos positivos procedentes de las impresiones reales, con que sabia simultáneamente asaltar á todos los sentidos de sus enfermos. Aunque maltratados y desfigurados por los poetas y fabulistas, naturalmente discordes de los historiadores y de los físicos, la ciencia concede su acogida á ciertos hechos auténticos de curaciones obtenidas por el influjo de la música y de otras impresiones gratas, por la escitacion de pasiones ó por la mera intervencion de una idéa. Pero en todos estos casos es evidente el fetismo de una porcion mas ó menos estensa del aparato encéfalo-raquidiano, al cual se dirijen dichos agentes inmateriales, como que forma el un conjunto de órganos de la especial eleccion de estos. Una vez desarrollado el estímulo en el sistema nervioso, es inevitable su irradiacion mas ó menos estrepitosa por las visceras, con todas las consecuencias del cambio funcional y orgánico de aquellas. ¿Donde está el punto de comparacion entre tales influjos y el imperceptible de los miasmas de los agentes homeopáticos diariamente difundidos por el aire que respiramos, con el agua que bebemos, etc., etc.? Si los homeópatas se proponen dirigirse exclusivamente á la imaginacion de los enfermos, reserven sus grajéas para los casos en que la intervencion del espíritu y la reaccion moral emanada del mismo, pueden originar un cambio favorable y duradero. Mas ¿á qué forjar ilusiones que han de tener un pronto mentís para ser

reemplazadas con un tético é indeclinable positivo ? Y lo que aun es mas inhumano ¿ á qué confiar á las solas fuerzas del organismo la salvacion de los enfermos atacados de dolencias que como la apoplejía, la pulmonía ó el cólico , en la mayoría de casos han sido ventajosamente tratados por los heróicos recursos de la sangría , del opio ó del baño prolongado , remedios nada misteriosos , en armonía con el buen sentido de todos los siglos y de todos los pueblos bárbaros y cultos del mundo ?

Si el hombre no es un ser escepcional de la creacion, si bien observado representa el verdadero micróscopo, los adelantos que se hagan en su observacion han de fundarse en las leyes de la historia natural. ¿Qué privilegio puede hacerse á favor de la medicina para pretender que su mejoramiento estribe en un estudio metafísico en desacuerdo con las ciencias que, como la física y la química , forman la base de las artes vitales y recreativas de la sociedad ?

Demostremos por fin que la homeopatía es un farrago de sandeces, tan ajenas á la observacion histórico-natural del hombre, como á los fenómenos físico-químicos de nuestra propia organizacion, ó de los seres que nos rodean, y de cuya inmensa cadena forma sin afrenta el hombre el primer eslabon.

Se designa con el nombre de *homeopatía*, el cual denota *enfermedad semejante*, un tratamiento que aspira á curar las enfermedades con el auxilio de pretendidos agentes dotados de la propiedad de producir en el hombre sano, sintomas semejantes á los que se quieren combatir.

Por los años 1790 Hahnemann, autor de estos desatinos, tuvo la primera ocurrencia de ellos con motivo de unos ensayos que tanteó en sí mismo empleando la quina. Se le antojó reconocer en esta corteza el poder de escitar una fiebre intermitente, cosa que nadie ántes de él habia observado á pesar del muy estendido uso de la tintura de quina como remedio profiláctico, usado por consiguiente en personas sanas, y cosa que en vano han procurado reproducir muchos observadores. No esperemos que los discípulos y sectarios de Hahnemann, con el pomposo título de modificadores y reformistas, á estilo de sistemas sérios, opongan á este célebre histórico punto de partida de la homeopatía , el sencillo reparo de porqué la quina en el estómago del fundador obró á dosis alopática ó porqué no se esplotan á la misma dosis las propiedades bien reconocidas de producir sintomas semejantes á las enfermedades que curan, el azufre, la cubeba y el copaiba. Esto sería embrollarse con el positivo, y apelando á las dosis infinitesimales de la petaca, principio que no han tenido por conveniente modificar los homeópatas puros, queda siempre abierto el campo de los embelecos.



”Estos ensayos, exclamó Hahnemann, han puesto ante mi vista la aurora de una terapéutica mas racional, enseñándome que las únicas enfermedades curables por los medicamentos, son aquellas cuya coleccion de síntomas guarda la mayor semejanza posible con la totalidad de los accidentes que los mismos medicamentos provocan” (*Organon*, p. 392. 4.<sup>a</sup> ed. Dresde 1829, trad. al francés por Jourdan, Paris, 1832.)

Desde 1790 continuó Hahnemann multiplicando sus observaciones y pesquisas acerca de las propiedades *patojénicas* de las sustancias medicamentosas, para lo cual le bastó crear primero los agentes homeopáticos y en seguida ponerse á soñar acerca de sus resultados, los cuales fué publicando sucesivamente; pero hasta 1810 no dió á luz su *Organon del arte de curar*, ORGANON DER HEILKUNST, en el cual ofrece bajo la forma de proposiciones una esposicion completa de sus desvaríos. En esta obra encuéntranse las suficientes maravillas de la homeopatía para poderla calificar sin parcialidad de un evidente delirio, y hasta para negar la posibilidad de toda mejora, porque lo absolutamente malo no admite otro perfeccionamiento que el de ser borrado para discurrir de nuevo: los sectarios de la homeopatía, aunque avergonzados de los absurdos de su maestro, han conservado en sus pretendidas modificaciones el dogma capital de la creacion de los medicamentos mediante la atenuacion, sususion y dilucion, y estas gratuitas suposiciones constituyeron siempre para Hahnemann la esencia de su sistema. No abona por tanto á los reformadores el eclecticismo con que tratan de recomendarse.

Toda enfermedad, dijo Hahnemann, consiste en *un cambio invisible* obrado en lo interior del cuerpo, y en una suma de síntomas susceptibles de impresionar nuestros sentidos: lo primero es revelacion, lo segundo puede pasar por una observacion superficial, porque si fijando nuestros sentidos descubrimos las mas veces que aquellos síntomas son el trastorno de la testura ó de las funciones de los órganos, y cesando tales trastornos se recobra la salud ¿qué necesidad hay de la gratuita suposicion del ente llamado *cambio invisible*? Conviene Hahnemann en que las enfermedades son *agudas ó crónicas*, llamando á las primeras rápidas operaciones de la fuerza vital, salida de su ritmo normal, que terminan en un tiempo variable, aunque siempre de mediana duracion. Nueva tendencia á la metáfora que siempre dista poco del error en las ciencias de observacion: el sentido recto, el que ya marcó Hipócrates en su inmortal libro *De Medicina prisca*, seria reconocer que así como los órganos sometidos al influjo comun y perenne del universo ejercen los actos de la salud, espuestos á influjos extraordinarios, mu-

chas veces demostrables, desempeñan los actos de las enfermedades.

Los males crónicos, segun Hahnemann, imperceptibles en el principio, alejan poco á poco el organismo del estado de salud y acaban por destruirle, sin que en su desarrollo los ataje la fuerza vital, que por sí sola es impotente para estinguirlos. Las enfermedades de esta clase, segun habrá visto Hahnemann con su microscopio lunático, son siempre el resultado de uno de los tres miasmas crónicos, *sifilis*, *sicosis* y *psora*. Este último es el mas importante de los tres, el que pasando al través de millones de organismos humanos durante algunos centenares de jeneraciones, se modifica de suerte que ofrece todas las formas morbosas conocidas en las patologías como otras tantas afecciones distintas, y denominadas histerismo, demencia, epilepsia, raquitismo, cáries, cáncer, ictericia, gota, hemorroides, hemorragias, asma, tisis, impotencia, esterilidad, hemicrania, catarata, amaurósis, litiasis, parálisis, etc, etc. (p. 184). Pero sea como fuere, la totalidad de los síntomas aparentes es lo principal ó lo único en que el médico debe ocuparse al frente de una afeccion cualquiera, la sola cosa que ha de combatir con el poder de su arte. Bajo este supuesto en el organismo viviente toda afeccion dinámica es aniquilada de un modo durable por otra mas fuerte, cuando esta sin ser de la misma especie que la primera, se le asemeja mucho en la manera de manifestarse. Recordémos antes de admitir esta observacion de Hahnemann, lo que repetidas veces hemos visto al sobrevenir una anjina membranosa á una catarral, una gastroenteritis á una calentura gástrica, un escantema sobre otro escantema, y presto echarémos de ver que lejos de obrarse una curacion, ni alivio siquiera, se agrava mas y mas la enfermedad complecsa. Pero tal vez lo que nos parezca increíble por autoridad de Hahnemann, subyugue nuestra mente por medio de una de esas comparaciones estupendas del autor. Dice testualmente refiriéndose á la última proposicion sobre el choque de las enfermedades semejantes: «De este modo con el estrépito del bombo se domina el estampido lejano del cañon que infundiria terror en el alma del soldado» (p. 126). Por tanto la potencia curativa de los medicamentos se funda en la propiedad que tienen de orijinar síntomas semejantes á los de la enfermedad y que los aventajan en fuerza; pero esta facultad oculta en la esencia íntima de los medicamentos, no puede ser conocida sino por la via de una esperiencia, desgraciadamente ilusoria para un gran número de leales y despreocupados observadores.

El desalojamiento de la enfermedad natural por la artificial y la desaparicion de esta, esplicase del modo siguiente: la afeccion medicinal vence por ser análoga y algo mas intensa; el poder morbífico natu-

ral de antemano ecistente, y que solo era una *fuerza sin materia*, ha cesado por lo mismo de existir, mientras que la enfermedad medicinal que la ha reemplazado, por ser de tal naturaleza que la fuerza vital pronto triunfa de ella, estinguese tambien por su parte, dejando en su estado primitivo de integridad y de salud al ser ó sustancia que anima y conserva el cuerpo (p. 128). Es tal la ecsigüidad de las dosis homeopáticas que no necesita el organismo desplegar contra la enfermedad medicinal una reaccion superior á la necesaria para elevar el estado presental grado habitual de la salud, esto es, para restablecerla. Cuando la aplicacion del medicamento homeopático ha sido bien hecha, la enfermedad que se quiere ahuyentar, por maligna y dolorosa que sea, se disipa en pocas horas, si es reciente, y en pocos dias si cuenta ya mucho tiempo de existencia (p. 235); asertos dignos de los Sangreos y de los Dulcamaras. Mas ocurre á veces que solo una porcion de los sintomas de la enfermedad que se ha de curar, encuéntrase en la serie de los sintomas causados por el medicamento mas homeopático, y entónces el remedio *no aniquila* de la enfermedad sino los sintomas morbosos semejantes á los sintomas medicinales” (p. 244); todó á pedir de boca. En el caso de no ofrecer la série de los remedios ninguno que enjendre sintomas semejantes á los que caracterizan la enfermedad, el uso de un medicamento imperfectamente homeopático viene á causar males accesorios mas ó menos graves; escaminase el estado modificado del enfermo antes de consumirse la accion de la primera dosis; y la reunion de los sintomas primitivos con los sintomas recién percibidos, forma *una nueva imájen de la enfermedad*. Es entonces mas fácil encontrar entre los medicamentos conocidos un remedio análogo, cuyo uso haga la curacion, si no completa, á lo menos mucho mas aprocsimada: en este último caso se apropiarán nuevos remedios á las imájenes nuevas de la enfermedad, hasta la entera destruccion de esta (p. 246).

En la aplicacion de los remedios homeopáticos es tambien de la mas alta importancia atender al cambio sobrevenido en la parte intelectual y moral del enfermo, y la eleccion del medicamento debe recaer en sustancia tan capaz de originar una disposicion del entendimiento y un estado moral semejantes, como apta á producir sintomas funcionales idénticos. Aqui tambien es muy grosero el artificio: las funciones especiales que desempeñan los varios órganos encefálicos, no aparecen sino en virtud de sus estímulos naturales; las percepciones, las reminiscencias, los juicios, las deducciones, los deseos, la eleccion, la repugnancia, etc., son actos suscitados por las impresiones ó las ideas de los objetos particulares, y lo único que la observacion demuestra es la escitacion jeneral de todo el encéfalo por medio de varios ajentes análogos,

como los alcohólicos, los aromáticos y otros difusibles. Si el desorden llega hasta el delirio, entonces por la embriaguez así puede aparecer la risa como el llanto. Pero fácil es conocer que esta como todas las demas proposiciones se han inventado con el fin de proveer al homeópata de un surtidísimo arsenal de subterfujos y farsas con que alimentar la credulidad de sus enfermos. A tales esplicaciones apeló Hahnemann para dar razon de porqué el acónito produce » rara vez, casi nunca, una curacion rápida y durable cuando el jenio del enfermo es igual y pacífico; ni la nuez vómica cuando el carácter es dulce y flemático; ni la pulsatilla cuando es jovial, sereno y terco; ni el haba de S. Ignacio cuando el jenio es invariable y poco dispuesto á experimentar horror ó penas (p. 272)». Ecsige además la homeopatía que se aleje cuidadosamente del régimen y del jénero de vida de los enfermos, especialmente en las afecciones crónicas, todo cuanto pueda ejercer en ellos una influencia medicinal cualquiera, por temor de ver aniquilado el efecto del remedio homeopático, sobrepujado ó perturbado con algun estimulante extraño: tales son el café, el té, las aguas de olor y perfumes de toda especie, los polvos ó licores dentífricos, el escesivo calor de los aposentos, la vida sedentaria, el ejercicio pasivo en carruaje ó á caballo, los deleites contranaturales, las causas de pesadumbre ó despecho, el juego llevado hasta una pasion, etc. (pág. 304). Entre las aguas de olor y perfumes no espresó Hahnemann si comprendia el sudor agrio, los loquios y el gas sulfidrico intestinal.

En cuanto á la dosis á que deben ser administrados los medicamentos, *los experimentos puros* determinan de un modo absoluto que la dosis jamás puede ser tan débil que haga sus síntomas inferiores en fuerza á la enfermedad natural, y que tienen el poder de curar esta mientras conservan la enerjía necesaria para provocar, *inmediatamente despues de haber sido tomados*, síntomas un poco mas intensos que los suyos (p. 317). Conociendo Hahnemann que sería este uno de los puntos mas chocantes de sus proposiciones se anticipó á los reparos con uno de aquellos racionios pafurdos que bastaria por sí solo para probar una habitual falsedad de pensamiento. La atenuacion, dice, puede parecer ridicula á los médicos vulgares, pero entonces « que pesen, si pueden, las palabras ultrajantes, que provocan una fiebre biliosa, ó la noticia afflictiva de la muerte de un hijo, que mata á una tierra madre» (p. 319). Y si Hahnemann no citó ejemplos mas concluyentes fué porque no le ocurrieron, pudiendo haber dicho tambien que se pesara el recuerdo de un objeto asqueroso capaz de reproducir un vómito, y otras cosas del mismo jaez. « El medicamento homeopático, añade, á cada division ó dilucion, adquiere un nuevo grado de potencia por

el frote ó sacudida que se le imprime, medio tan enérgico, que en estos últimos tiempos la esperiencia me ha obligado á reducir á dos el número de sacudidas, cuando antes prescribía diez para cada dilucion» (p. 320). «La accion de todos los remedios lejos de debilitarse, como pretenden los médicos teorizantes, se aumenta mas y mas aguándolos, á escepcion del vino y del alcohol», cosa muy sabida de los taberneros. Por eso cuando se ha de tratar un enfermo muy sensible, el medio mejor de llegar al resultado mas pronto, empleando la dosis mas débil posible, es *hacer respirar* al sujeto una sola vez de una redomita que contenga un confite del tamaño de un grano de mostaza empapado en líquido medicinal muy dilatado. Despues que el enfermo ha olfateado, se tapa de nuevo la redomita, que puede servir así por algunos años, sin perder sensiblemente sus virtudes medicinales» (p. 323). Nótese que dicho confite contiene como una tricentésima parte de una gota procedente de la *trijésima dilucion* de un medicamento tal como la sílice, por ejemplo.

Para formarse una idea esacta de la escigüidad de esta dosis, véase lo que ha de entenderse por *dilucion*. Tómese un grano de una sustancia cualquiera y mézclese con 99 granos de azúcar de leche; cada grano de la mezcla contendrá un centésimo del medicamento. Este grano á la centésima, si es intimamente mezclado con otros 99 granos de azúcar de leche dará un producto, de cuyos granos estará cada uno á la diez milésima, y así sucesivamente reiterando hasta *treinta veces* las adiciones de 99 granos de azúcar de leche con un grano de la mezcla inmediatamente superior. Cada una pues, de estas adiciones forma una dilucion, de donde resulta que la materia, que está á la trijésima dilucion, hállase atenuada hasta el punto que una gota ó un grano de la mezcla encierra de la sustancia activa una fraccion de grano que tiene la unidad por numerador, y por denominador esta misma unidad seguida de *sesenta ceros*. La tricentésima parte de cantidad semejante y que obra por haber sido olfateada una sola vez, debe haber adquirido una muy considerable potencia en aquellas sucesivas diluciones, suponiendo además una sensibilidad escaltadísima en el visionario que otorga á su sagaz observador la aparicion de todos los fantásticos fenómenos condecorados con el título de síntomas semejantes. En efecto, es singular que todas las personas de público adictas á la homeopatía, han adolecido de un carácter y opiniones aéreas, de imaginaciones calenturientas, particularmente señoras, tan á propósito para mandar purgar á todo el género humano al estilo de Le Roy y Morison, como para recomendar la medicina doméstica, señoras tan aptas para poseidas, brujas ó pitonisas, si hoy estuvieran en uso, como para magnetizado-

ras, que es á lo que todavia se dedicarán cuando haya pasado la homeopatía, si antes con ellas no acaba la homeopatía desconociendo alguna pulmonia verdadera en cambio de los pleurodines ó *flatos* que con el falso título de inflamacion de los pulmones, les han pretendido curar con los anises. Muy pocos hombres sensatos, de opiniones fijas y consecuentes, han abrazado la homeopatía, sino que cediendo al peso del dictámen unánime de las notabilidades de la ciencia, han creído prudente no juzgar por sí de lo que no podían entender.

Mas para fundar Hahnemann el desarrollo de tan sorprendente enerjia en sus medicamentos, le ha bastado revelar que dependia de la intimidad de las mezclas: sacudiendo una vez la gota del líquido medicinal con cien gotas del escipiente, esto es, tomando en la mano la botellita que contiene el todo, y meneándola con rapidez trayendo una sola vez fuertemente el brazo de arriba abajo, la mezcla obtenida ya es esacta. Dos, tres, diez meneos iguales harán todavia mas íntima la mezcla, ó en otros términos, «desarrollarán mas la virtud medicinal, desplegarán en cierto modo la potencia del medicamento, y harán su accion sobre los nervios mucho mas penetrante». Por eso debemos contentarnos con dar á cada una de las veinte ó treinta redomitas sucesivas dos sacudidas nada mas, y en la trituracion de los polvos se ha de frotar con fuerza por espacio de una hora solamente para cada dilucion, *á fin de que el desarrollo de la fuerza del remedio no traspase todos los límites* (p. 325). ¿Y que pudor científico ha tenido Hahnemann al anunciar nuevas leyes físicas y químicas sin ofrecernos el menor rastro del camino que ha seguido para tales descubrimientos, ni presentarnos prueba alguna del portentoso cambio que la sucusion y confricacion pueden efectuar en las sustancias medicinales? Ningun forjador de sistemas hasta ahora se habia dispensado de dar á conocer los trámites seguidos en su errado camino, ni omitido las demostraciones aparentes que le conducian á una equivocada interpretacion de los hechos, pudiendo creer de buena fe que sus pruebas no eran gratuitas: en la homeopatía los hechos son los gratuitos. Es concebible que Hahnemann aspirase á un proselitismo entre los curanderos legalizados, porque desgraciadamente pudiéndose explotar en todos tiempos la credulidad del vulgo descarriado siempre por malos médicos, ha tenido este vulgo el honor de enriquecer sucesivamente á Le Roy, Morison, Raspail y Holloway, con la venta de sus drogas y de sus libros, hecha por esos comerciantes sabios é imparciales, que aquí mismo se nos dijo el año pasado que jamás se equivocaban en los negocios, por cuyo motivo se han cerrado los tribunales que entendian en las estafas y quiebras. Pero es imposible comprender que Hahnemann dejara de

contar con la resistencia de los físicos y químicos, apoderados luego de sus pretendidos inventos y remedios, en los cuales ninguna conformidad han encontrado con los principios fundamentales de las ciencias auxiliares de la medicina, ni tampoco vestigio alguno de principios activos demostrables palpablemente con los reactivos que patentizan la acción variable, ponderable y mensurable de los medicamentos de la terapéutica racional. Hahnemann si ambicionaba el título de fundador de un sistema, debió comenzar por crear una física y química nuevas, puesto que con procedimientos físicos y químicos, sucusión, fricción y dilución, trataba de afianzar la potencia de los agentes medicinales, y no por virtuales procedimientos que espiritualicen y dinamicen estas mismas sustancias.

Condenado el homeópata á marchar de mentira en mentira, después de afirmar que no solamente la igual difusión de la gota medicamentosa en una gran cantidad de líquido no medicamentoso, vuelve las diluciones propias para los usos de la homeopatía, sino además determinan en la mezcla los frotos y sacudidas empleadas al preparar los remedios, un cambio de alcance increíble, una exaltación maravillosa de la virtud dinámica (325), el homeópata desciende del abstracto al concreto, y explica lo que todo el mundo ha podido desmentir por el testimonio de sus sentidos. Por el influjo de aquellos procedimientos, dice Hahnemann, el oro, por ejemplo, que en su estado ordinario ninguna acción ejerce en el hombre, preparado este metal á la cuadrillonésima, es tan poderoso «que basta encerrar un grano de oro á la cuadrillonésima en una botellita y hacerla respirar algunos instantes á un melancólico, en quien el tedio á la vida llega hasta el punto de conducirle al suicidio, para que una hora después este desgraciado quede libre de su mal humor y recobre la afición á la vida» (p. 338). Así se produce Hahnemann afectando no reparar en que un melancólico es un delirante susceptible de revestir instantáneamente muchas fases, y que se cree aliviado y aun curado por algún tiempo con todo cuanto le dé su actual médico ó curandero, aunque sea un elixir de la uña de la gran bestia.

Bajo el mismo principio de la dilución del oro, también una sextillonésima de grano de carbonato de cal prolonga su acción en los enfermos hasta más de 40 días, una quintillonésima de carbon por espacio de 30, una billonésima de platino metálico por espacio de muchas semanas, etc. A fin de hacer Hahnemann menos sorprendente esta eficacia del frote, recuerda con su acostumbrada falsedad de paridades, los efectos caloríficos que pueden resultar del roce: la fusión, dice, de las partículas de acero en el golpe del eslabón ¿no prueba en efecto el

influjo que ejerce en el desarrollo de las fuerzas físicas internas de los cuerpos de la naturaleza? A esta pregunta se responde con una sarta de otras por el estilo de la siguiente: ¿En qué se parece la potencia del eslabon empleada instantáneamente contra la resistencia del cuarzo, ó la herradura del caballo á galope contra el mármol, al esfuerzo del brazo descendiendo con la botellita, y cuya potencia se consume en el mismo punto de apoyo de ella que es la articulacion?

De todo lo precedente deduce Hahnemann «que las sustancias medicinales no son materias muertas en el sentido vulgar que dan á esta palabra: su verdadera esencia, por el contrario, es dinámica; es una fuerza pura que el frote ejercido á la homeopática puede escaltar al infinito» (p. 339). Los pormenores de las precauciones recomendadas por Hahnemann para la preparacion de los medicamentos homeopáticos, describiendo escrupulosamente las mas frívolas particularidades de cada dilucion de uniforme duracion en todas, son muy parecidos á las prácticas de los saludadores, cabalistas y zahoríes; la hora de preparacion se ha de repartir en «seis veces seis minutos de molienda, y seis veces cuatro minutos de friccion» (p. 441).

Suspenderemos aquí la esposicion de las visiones homeopáticas, baturrillo de falsos asertos, en que compiten lo ridículo y lo absurdo. Para que se patentizara hemos transcrito literalmente el testo de Hahnemann, particularmente cuando lo estravagante y escéntrico de sus opiniones podia esponer á que se alterase su espresion.

En la segunda parte recorreremos mas detenidamente los principios fundamentales de las proposiciones homeopáticas, para ver mejor lo que tienen de inadmisibile y contradictorio, reproduciremos algunos pensamientos notables que se han emitido sobre este mismo punto, y analizaremos varios sucesos históricos, que ya indisolublemente se han identificado con la homeopatía.



---

## SEGUNDA PARTE.

---

### **La homeopatía en juicio ante la ideología y práctica clínicas.**

La primera consecuencia que se deduce de la exposición anterior, es la superfluidad en que reputa el homeópata el conocimiento de la estructura y del ejercicio de los órganos. Asombra realmente que hoy día un médico se proponga restablecer las funciones pervertidas de aquellas mismas partes cuyo estudio desdeña. Pero el autor de la homeopatía no renuncia solamente á la anatomía y fisiología; la misma patología considerada como ciencia del diagnóstico y del pronóstico, es también desterrada de su libro, en el cual las enfermedades quedan reducidas á sus síntomas aparentes, sin ninguna noción de asiento, ni aun de naturaleza. Llega Hahnemann á jactarse de curar las enfermedades *por partes* con el uso de remedios imperfectamente homeopáticos, que *destruirán unicamente los síntomas morbosos semejantes á los síntomas*

*medicinales* (p. 144), ó lo que todavia es mas peregrino, cree mudar á su antojo la fisonomía de los síntomas, para acomodarla á la pobreza de su arsenal terapéutico.

Pero aun dado caso de ser asequible tal reduccion de una enfermedad á sus síntomas aparentes, sería tanto mas viciosa cuanto demuestra la esperiencia que unos mismos sintomas pueden resultar de estados morbosos orgánicos diferentísimos. Sin embargo, esta objecion concluyente para un *alópata*, con cuyo dictado designa Hahnemann á los médicos que siguen bandera diversa de la suya, esta objecion, repito, ningun valor tiene á los ojos del homeópata. Nosotros, pobres organicistas, nos esforzamos, antes de fijarnos en el remedio que se ha de prescribir, en determinar cual es la alteracion de los órganos de la respiracion, de la circulacion ó de la inervacion, que causa la disnéa del asmático que nos consulta, mientras el homeópata, sin titubear, dirá que el mal es debido á una sarna modificada, siendo preciso oponerle la cal carbonatada, la sílice ú otro cualquier antipsórico, usando la circunspeccion reclamada por su formidable enerjía.

Mas la enfermedad, ó mejor dicho, los síntomas aparentes ecsisten, y es menester destruirlos: Hahnemann pretende llegar á este fin escitando una enfermedad artificial mas poderosa que la enfermedad natural. Trabajo cuesta comprender cómo la fuerza vital impotente contra la enfermedad natural, triunfará de la artificial, la que en virtud de su mayor intensidad ha desalojado á la primera. El autor ya dice que la afeccion *medicinal* es de *indole vencible* por la fuerza vital, mientras que la enfermedad es una *fuerza sin materia*; pero estas palabras vacías de todo significado, nada enseñan ni al entendimiento, ni á los sentidos de un clínico. Interroguemos la esperiencia en los casos en que la eficacia de los socorros del arte es menos disputable, y veremos que lejos de inducir aquellos una ecsasperacion de los síntomas, como resultaria de los datos homeopáticos, la salud rapidamente y sin sacudimiento sucede á la enfermedad; si algunas veces, particularmente en afecciones agudas, una medicación aunque racional, es seguida de un aumento en los accidentes, siempre nos es conocido el motivo, dependiente ya de la alteracion profunda del órgano mismo enfermo, ya de las reacciones simpáticas de otros órganos sobre él, ya tambien de la timidez con que ha sido administrado el remedio; casos todos escepcionales, que sirven mas bien para confirmar la regla jeneral.

Entre los argumentos en que Hahnemann se apoya sosteniendo el método *similia similibus curantur*, es de los mas curiosos el siguiente: « Dos enfermedades que se asemejan por sus manifestaciones y efectos, se aniquilan siempre mutuamente » (p. 144). Las pruebas irresistibles

para fundar esta proposicion, son: que siendo la ofalmía, la ceguera, la sordera, la disnéa, el tenesmo, etc. accidentes comunes de las viruelas, los anales de la ciencia ofrecen dos ó tres casos de curacion de cada uno de estos accidentes diversos, á consecuencia de las viruelas espontáneas ó comunicadas (146). Es lástima que la naturaleza sea tan avara de estos milagros, y es sobre todo muy sensible que no sepa mejor arreglar ordinariamente la dosis del remedio, que por supuesto es homeopática, y muy á menudo destruye al enfermo y no la enfermedad.

Prescindiendo de la falsedad de los principios de Hahnemann, hay que lamentar en ellos su tendencia á relevar de las necesidades de la experiencia, de la observacion y hasta del estudio; y á fin de que no se tache de ecsajerada esta calificacion, oiganse las propias palabras del fundador. « Es difícil satisfacer los ruegos que me han hecho diversas personas, suplicándome que presente al público algunos ejemplos de curaciones homeopáticas: pero aunque lo hiciese, poca utilidad reportaria de ellas el lector.... Cada caso de enfermedad no miasmática es individual y especial; lo que la distingue de cualquier otro, esle igualmente propio, no pertenece sino á el, y *no puede servir de modelo al tratamiento que se ha de seguir en otros casos* ( p. 418 ) » Fácil es comprender que esta manera de ver abrevia mucho los estudios médicos, y por tanto no debe asombrarnos el número de prosélitos de Hahnemann. Efectivamente, en lugar de ponerse á recojer escrupulosamente á la cabecera de los enfermos un gran número de observaciones prolijas acerca de cada enfermedad, compararlas entre sí y con las presentadas por los autores, en vez de consumirse en un estudio siempre largo y penoso, ¿ no es mas cómodo limitarse á notar los síntomas ofrecidos en cada caso particular, y en seguida buscar en la cartilla de medicamentos los que orijinan fenómenos semejantes? Basta saber leer para lograr tanta ciencia como el mejor práctico del mundo, cuyas reminiscencias por otra parte no carecerán de riesgos para los enfermos.

Demasiado sabemos que no hay una sola enfermedad cuya fisonomía particular no reciba cierto influjo de la edad, del sexo, de la constitucion, de los hábitos, etc. del enfermo, de la estension, de la antigüedad del mal, de los tratamientos ya sufridos; y todo esto es precisamente lo que hace tan difícil el ejercicio de la medicina. Pero un hábil práctico, sin desatender las desemejanzas, consulta mas que á ningun otro punto, á las analogías que enlazan entre sí las diversas enfermedades, y las sigue como el guia mas propio para ilustrarle en la eleccion de los medios que conviene oponerles. Nada de esto hay que pedir á un homeópata; sea cual fuere el caso ofrecido, jamás le ha visto, ni le volverá á ver; hace contra el caso el ensayo de sus me-

dicamentos, sin provecho ni para su instruccion, ni para la futura salud de su enfermo, ni para la salud de los que vengan despues.

Con todo, Hahnemann para complacer á sus amigos refiere en el *Organon* dos de los mas insignificantes casos de curacion homeopática: con uno habrá suficiente para formarse una idea del talento narrativo del autor. "S.... mujer fuerte, de cuarenta y tantos años de edad, de oficio lavandera, hallábase hacia tres semanas imposibilitada de ganarse el sustento, cuando vino á consultarme. 1.º A cada movimiento, particularmente al dejar la cama, y en especial cuando daba un paso en vago, experimentaba punzadas en la boca del estomago. 2.º Encontrábase bien cuando estaba echada; entonces no sufría dolores en parte alguna, ni en el costado, ni en la boca del estomago. 3.º No podia dormir mas que hasta *las ocho de la mañana*. 4.º Comia de buena gana, pero inmediatamente luego de haber tomado algun alimento sentía dolores de estómago. 5.º El agua volvíale á la boca entonces y le rebosaba por los labios. 6.º Cada vez que habia comido experimentaba en repetidas ocasiones lo que llaman arcadas, pero sin resultado. 7.º Esta mujer es de un caracter violento, propenso á la cólera. Un abundante sudor la bañaba cuando sentía dolores fuertes. Quince dias antes habia tenido la menstruacion de un modo regular. Todas las demas circunstancias eran normales" (p. 420). Refiérese literalmente esta observacion para demostrar de qué modo consigue el homeópata el conocimiento, no de la enfermedad, sino de los síntomas que se han de combatir; recibe la relacion de los labios del enfermo ó de los que le rodean, y provócala con sus preguntas, sin curarse luego de referir estos desórdenes funcionales á la causa que los produce; le basta encontrar en su lista el medicamento que orijina síntomas semejantes en el hombre sano. En el caso particular espuesto hallábase indicada la brionia. Efectivamente, segun Hahnemann, sin embargo de tener la belladona, la pulsatila, el hierro, el mercurio y algunos mas, la facultad de producir uno ú otro de los síntomas notados en la enferma, solamente la brionia goza del conjunto de las propiedades siguientes: Ocasiona picotazos en la boca del estómago al tiempo de dar pasos en vago, y al levantar el brazo; deja sosegarse los dolores al echarse en cama, y no permite dormir sino hasta las ocho de la mañana; bajo su influencia da gusto el comer, pero despues viene dolor de estómago, el agua vuelve á la boca, y no tardan en aparecer las arcadas; finalmente, la brionia (que es lo mas admirable) pone de un humor violento é irascible" (p. 420 y 21) Escusado es añadir que la mujer S.... engulló la enorme dosis de una gota entera de zumo de brionia no dilatado, y que al dia siguiente habia ya vuelto á sus faenas. Ciertamente las curaciones del *Medico á pa-* los no eran ni mas prontas, ni mas extraordinarias.

Algunos talentos escrupulosos quizá se admiren de que unos mismos remedios conserven perpetuamente la facultad de curar homeopáticamente enfermedades siempre nuevas. Si estas mudan incesantemente, y aquellos orijnan invariablemente los mismos síntomas ¿cómo puede persistir la correspondencia? Pero no debe perderse de vista la facultad que Hahnemann atribuye á sus medicamentos de aniquilar sintoma por sintoma una enfermedad dada, y esto solo disípale todo temor de ver un dia aparecer afecciones superiores á los recursos de la homeopatía. Es además tal la variedad de efectos producidos por los remedios así preparados, que casi hácese imposible dejar de hallar el conveniente cojiendo uno al azar. Muchos ejemplos hay de medicamentos cuyos síntomas en una sucinta relacion comprenden doce pájinas en 4.º que sería en extremo abusivo trasladar, pero de los cuales ya puede formarse una idéa por las siguientes muestras: Estirones en el músculo biceps (recuerdos de anatomía gorda ú homeopática), dislaceraciones en el dedo medio en la mano izquierda; sensacion de heridas en la tibia derecha (*acetato de manganeso*), acortamiento de la vista tres dias despues de haber tomado el remedio, tumor rojo en la frente que solo al tacto es doloroso, las encías despréndense de los incisivos inferiores, palpitation muscular en la parte superior de los muslos, humor tétrico, hastío de la vida (*carbon vegetal*), dolores de lucsacion en las articulaciones, desazon en el periostio (síntoma por cierto demasiado anatómico) de todos los huesos, ensueños lúbricos, facilidad para sentir y para prodigar injurias (*arnica montana*), estruendo en los oidos, como el de los carruajes por el empedrado; si el espíritu se halla contento padece el cuerpo, y *vice versa*; al dia siguiente del remedio se pone uno melancólico, al segundo dia todo aparece alegre; elevado concepto de sí mismo; parécenle á uno de baja estatura los demas, y uno mismo se cree de talla muy alta, de modo que se siente uno violento y como apretado en medio de una gran sala (platino).

En cuanto á las dosis á que se administran los medicamentos, habría motivo para preguntar cómo es posible no advertir en el seno de nuestras poblaciones, cuyo aire de continuo hállase infestado en una proporcion muy notable de corpúsculos de la misma naturaleza que los agentes empleados por los discípulos de Hahnemann, cómo no es posible advertir efectos análogos á los observados en los esperimentos puros, esto es, en los intentados en el hombre sano, por medio de sustancias preparadas homeopáticamente. ¿Porqué v. g. los carboneros de oficio, los moradores de Londres, en donde se puede decir que llueve incesantemente carbon, no presentan en la frente el supuesto chichon encarnado, ni la separation de las encias de los incisivos inferiores, ni el

jenio vinagre atribuido á dicha sustancia? ¿Porqué ni aun la mas fugaz mansion en las oficinas de Farmacia, en los almacenes de drogueros ó de perfumistas, enjendra en los espuestos á ella las mas graves enfermedades medicinales? ¿Ni como es concebible que el uso de las aguas de nuestros rios y fuentes, sometidas á roces y sucusiones, dotadas de cantidades apenas ponderables de sílice, de sales calcareas, etc. no sea seguido de accidentes para nadie apreciables, si no en el hombre, sometido á los incesantes influjos antihomeopáticos, en los animales, en cuyas enfermerías veterinarias, han pretendido tambien los homeópatas demostrar la realidad de sus agentes por la carencia de imaginacion en los enfermos?

Hahnemann desecha esta objecion y otras mil del propio valor, diciendo que la esencia de sus medicamentos es puramente dinámica, y resulta del frote ejercido de *cierta manera*» (p. 339). Bajo esta proposicion y la no menos curiosa de que «esceptuando el vino y el alcohol, la accion de todos los demas remedios se aumenta cuando se los dilata en líquido» (p. 344), pudiera preguntarse ¿cómo hay tan atrevidos homeópatas que prescriban una decillonésima de ácido nítrico ó una millonésima de ácido sulfúrico? ¡Cual no será en su doctrina el efecto de estos ácidos así dilatados, constándonos á todos que en el estado de concentracion destruyen casi instantaneamente nuestros órganos!

Queriendo Hahnemann buscar algun punto de apoyo para esplicar el desarrollo de la virtud de los medicamentos homeopáticos en consecuencia del frote, pretende fundar algun poder en esta manipulacion, invocando la analogia de los esperimentos de Rumford, que obtenia por este medio un desprendimiento considerable de calor. Pero en tales esperimentos los resultados han sido siempre idénticos; han aparecido independientes de la composicion de los cuerpos empleados; cesan los efectos y se reproducen con la causa que los origina. Si la naturaleza química de los remedios homeopáticos ningun influjo tiene ¿porqué varían los resultados con las sustancias de que se hace uso? Y si por el contrario su composicion cambia ¿de qué naturaleza es la transformacion que experimentan entre otros el oro y el platino? Además, ¿en cuantas artes no se usa del frote de una manera todavia mas enérgica que por la mano del mas robusto homeópata? La pulverizacion del carbon para las fábricas de pólvora, puede servir de ejemplo, siendo reducido este cuerpo á tal grado de tenuidad que fluye como agua. Y ¿se ha visto jamas que respirando el aire cargado de polvo de carbon se haya experimentado efecto alguno? Pero en esta discusion lo mas lógico sería, en vez de perder el tiempo en reparos y objeciones, pedir terminantemente las pruebas irrefragables de semejante escaltacion, mediante el roce, de la virtud medicinal de los cuerpos.

En esta última trinchera responden los homeópatas encerrados en su irracional empirismo, que contra los hechos no hay argumento. Pasemos á los hechos.

En 1835 (Sesiones de la academia de medicina de Paris, en marzo) el Dr. Andral dió cuenta de una larga serie de ensayos practicados en su clínica de la *Piedad*, con el doble fin de producir y de curar las mismas enfermedades por los remedios homeopáticos, y el resultado fué nulo, aunque las observaciones recayeron solo en los síntomas mas constantes y conocidos en sentir de los homeópatas, puesto que los efectos fundados en los principios y relatos de Hahnemann, siendo numerosísimos, no podrian ser justificados en la vida entera de veinte personas, consagradas todas esclusivamente á fundar tales hechos en la esperiencia y observacion, únicas y sólidas bases de una terapéutica real y positiva.

Igual ha sido el resultado en cuantos paises y épocas se ha emprendido, con la debida intervencion, la comprobacion de la homeopatía. Si alguna vez los Gobiernos han rehusado por consideraciones humanitarias hácia los enfermos, la ejecucion de reiterados esperimentos públicos, los homeópatas no han dejado de clamar contra esta llamada intolerancia. Otras veces allanadas estas dificultades, han dispuesto libremente del campo de observacion, y sin embargo no han tenido motivos de quedar satisfechos. En San Petersburgo el Consejo médico, despues de haber experimentado el tratamiento homeopático, le declaró inútil ó peligroso en los casos en que conviene obrar, proponiendo en su consecuencia que fuera prohibido en todos los Establecimientos sanitarios dependientes del Gobierno (Gazette méd. 1853, t. s. p. 569). En Nápoles se vió la autoridad en la precision de revocar, á los 45 dias de ensayos, el permiso que habia otorgado para el establecimiento de una clínica homeopática. Hubo con todo, un rasgo notable de abnegacion en el célebre profesor *De Horatiis*, quien avergonzado, como hombre de buen sentido y de pundonor, de haber enseñado y practicado los errores de la homeopatía, renunció despues de su desengaño al ejercicio de su destino y de su arte: no tendrá entre nosotros imitadores aquella preciosa víctima de una credulidad momentánea, y que por tal comportamiento bien merece el dictado de héroe.

En París, además de las investigaciones de Andral, en la *Piedad*, se hicieron esperimentaciones del mismo género en el *Hôtel-Dieu*, en el departamento de Bailly en 1834, con medicamentos preparados en Alemania, en la misma oficina de donde Hahnemann se surtia; ningun resultado dieron, y al cabo de cuatro ó cinco meses cesaron los esperimentos por haberse retirado el homeópata que los dirigia.



En Lyon el Dr. Pointe, profesor de clínica en el Hôtel-Dieu, puso á disposicion del Dr. Gueyrard 30 camas de su departamento; examinó este á los enfermos en presencia de numerosos alumnos y de varios médicos de la ciudad, administró las dosis de los remedios y prescribió el régimen: á los 17 dias no compareció mas, y atribuyó la falta de écsito á *los miasmas del Establecimiento*.

Fué sin duda muy laudable la enérgica protesta de la academia de medicina de Paris, que en su sesion de 24 de marzo de 1835 rechazó por unanimidad la peticion dirigida al ministro del interior por la Sociedad homeopática, á fin de obtener la fundacion de un hospital y de dispensarios dirigidos segun los principios de Hahnemann. Pero considerando ya que todo es farsá en este sistema, hubiera sido preferible autorizarle para poderle someter mejor á un écsamen luminoso, único medio de esclarecer al público y de acabar con los charlatanes.

En España, como pais mucho menos ilustrado que la Francia, cuando se quiso imitar este mismo proyecto por un instituto homeopático de Madrid, digno payaso de su modelo de Paris, no hubo unanimidad en el Consejo de Instruccion pública, á quien consultó el Gobierno acerca de la ereccion de una clínica homeopática. En el curioso dictámen de la minoría de la Comision, se dice, entre otras jactanciosas vaciedades, que la homeopatía es igual á los grandes descubrimientos, á las verdades morales y científicas salvadoras de la Sociedad, etc. Lo mas notable de dicho documento es el gran número de citas de portentosos resultados de la homeopatía en hospitales y dispensarios de paises remotos, y en medio de este lujo de relaciones desautorizadas, se calla el bochornoso resultado de los ensayos homeopáticos practicados en la clínica de la Facultad de medicina de Barcelona en el curso de 1845 á 46. En aquel año se siguieron, con el celo que distingue á los que de veras desean aprender, varias observaciones por diversos alumnos sobresalientes, y ninguno pudo jamás discernir ni efectos terapéuticos, ni efectos medicinales de las sustancias homeopáticas empleadas. La persuasion en sentido contrario á la homeopatía, llegó á robustecerse en tales términos, que muchos discípulos se creyeron en conciencia obligados á rogar que se suspendiera el tratamiento de las pulmonías con el acónito, y se apelara como antes á las sangrias para salvar los enfermos que veian en inminente riesgo por la mera espectacion seguida. En efecto, desprendiase tan desfavorable consecuencia de las observaciones clínicas que poco á poco se desistió de todo tratamiento homeopático, y ni siquiera volvió á mencionarse. La misma dignidad de la enseñanza ecsigia que las observaciones emprendidas y no completadas, fueran puestas en claro, pues si á todo profesor guía únicamente el interés de



la ciencia, y jamás el de su persona, nunca hubiera quedado esta mas realzada que confesando un error científico, nacido únicamente del deseo de ampliar los recursos del arte, en cuya improba tarea empleamos toda nuestra existencia. Si el error no es confesado, ni abandonado explícitamente, dignos serán de lástima los buenos talentos que así pudieron alucinarse; pero fuerza es por los hechos deducir que algun vicio original existirá en la organizacion de tales cerebros, ó en la primordial educacion de tales inteligencias, cuando estos pocos hombres, dotados de iguales recursos que los demas médicos, se han pronunciado por la homeopatía, en oposicion al número incomparablemente mayor de los que la rechazamos como una farsa.

En Edimburgo solamente consta de un profesor que fué repudiado por todos sus colegas á consecuencia de haber abrazado la homeopatía. Cítense en buen hora los hospitales particulares y dispensarios de Londres, en que se ejerza la homeopatía: estos hechos aislados en la primera poblacion del mundo, nada prueban en favor de la homeopatía, como no condenan la general probidad del comercio de Lóndres los varios estafadores de profesion allí anidados, burlando las leyes mas rigurosas, y lo que mas estraño es, eludiendo la mas esquisita cautela de los hombres pensadores y experimentados.

¿Porqué se ha de estrañar que haya médicos y gentes secuaces de la homeopatía, si tambien los hay, hubo y habrá para todos los absurdos imaginables? Todo el mundo sabe cuan ilusorios son los ejemplos de renacimiento del cabello y de conservacion de la hermosura de la tez. Sin embargo, son muchos los traficantes que viven á espensa de la credulidad de los viejos y viejas apasionadas á tales tricójenos y cosméticos, en los que por mas ó menos tiempo radican su fé.

Pero concedamos gustosos que sean hombres honrados todos los que ejercen la homeopatía: no son ellos los que se han de calificar de poseores de la medicina verdadera, porque ni en el número, ni en la calidad representan la ciencia. ¿No es digno de reparo que en ninguna escuela médica de Francia, pais presentado por algunos patrióticos pedantes nuestros como frívolo y versátil, haya ocurrido una sola defeccion de la llamada medicina antigua, y continúen todos los médicos públicos de la nacion francesa adictos á la misma ciencia? De allí, dirán algunos pesimistas, que nos han venido la homeopatía y otras plagas; pero tambien nos ha venido el remedio, si le queremos adoptar; castíguense como allí por intrusos los médicos que espendan anises, y por la pena serán cuerdos. En España, de 80 catedráticos que constituyen las Facultades de medicina del reino, no pueden citarse mas de cuatro que directa ó indirectamente hayan abrazado la homeo-

patía, y aun están reputados como mistos, es decir, zaheridos y despreciados entre la generalidad de los homeópatas, por no ser puros, en razon al esclusivismo, lema de los secuaces rabiosos de esta farsa.

Los firmantes del citado dictámen de la minoría del Consejo, llamaron muy particularmente la atencion del Gobierno hácia el ya manoseado lugar comun de no contar y sí pesar los votos en las discusiones; tópicó bastante impropio en la situacion de aquellos, pues no siendo creible en la notoria modestia de los firmantes, que lo estampasen para poderlo aplicar á sí mismos, era claro que los sustentantes del dictámen de la mayoría valian y pesaban mas que los de la minoría. Dejemos sin embargo las comparaciones, y vayamos á terrenos mas despejados; fijémonos en la prensa periódica. ¿Qué pesan los pocos diarios vivos, y qué pesaron los muchos efimeros y difuntos, publicados esclusiva ó parcialmente, para la propagacion y defensa de la homeopatía? Recorramos las universidades y gimnasios médicos especiales; penetremos en la práctica civil y hospitalaria de todo el orbe ¿qué pesan los pocos médicos homeópatas, desconocidos fuera de su pequeño círculo, en que se han dedicado á este agiotaje, ignorados en la república de las letras, reducidos al silencio en donde quiera que se ha contestado seria y lealmente á sus calumniosas tradiciones auriculares, tratándonos de verdugos de la humanidad doliente, porque sinapizamos, vesicamos y sangramos? ¿Cómo es que heridos en su reputacion científica los mas eminentes profesores de la escuela de Madrid, acusados como en todas partes de hombres indiferentes al progreso de la medicina homeopática y al tratamiento *economico* (otro de los argumentos de la célebre minoría) y suave de los enfermos, consagraron lecciones á la refutacion de esa presuntuosa reforma, sin que los adalides de ella se hayan esforzado por vindicarla? ¿Qué pretendido celo es ese á favor de la ciencia que deja extinguirse por inanicion las antorchas ó candelijas de sus periódicos, que mudo esquivo el reto clínico, por el cual debia ser examinado á presencia de alópatas el tratamiento homeopático en los enfermos escogidos por los mismos adictos á él?

Aquí mismo ¿no resonó el año pasado una estentórea voz, tan intempestiva como inesperada, defendiendo, aunque no abonando, sino mas bien desacreditando la homeopatía, é increpando violentamente á un adversario de ella? Y ¿qué ha sido de ese Goliat cuyo puesto veo vacío en esta academia? No parece sino que los desinteresados homeópatas se desentienden de polémicas y de conferencias científicas con sus antiguos colegas y comprofesores, y se van en derechura al vulgo que les paga.

El argumento de la marcha lenta y laboriosa de la homeopatía, pudo

servir para una primera sorpresa ; pero no triunfando en ella, caía y se gastaba por sí mismo. Se prolonga ya demasiado la resistencia á su admision para poderla atribuir todavía á una oposicion fanática, al paso que para esplicarnos la propagacion en pequeño del propio sistema, tenemos los poderosos móviles de la vanidad y de una vil codicia, que afortunadamente en ninguna ciudad del mundo , ni en la mas corrompida é inmoral, han prendido entre los profesores del arte de curar, como si la adquisicion de esta ciencia , que tanta abnegacion ecsige, preservara del contagio de aquellos torpes vicios.

Procuremos, pues, por cuantos medios esten á nuestro alcance, avivar y mantener encendida en nuestros comprofesores la fé en los antiguos dogmas de la ciencia, que no puede abandonar la ruta de su grande apóstol Hipócrates ; aprenda el mundo á distinguir los nuevos charlatanes de los modestos médicos preservados de la ilusion de fundar un arte contrario al primitivo, y esperemos tranquilos el desvanecimiento de ese torbellino, cuyo ímpetu será como todo reinado de moda, por la mañana un gran torrente, y á la tarde un arroyuelo seco.

Barcelona 1.º de marzo de 1853.

*Antonio Mendoza.*

